

Buscando la reconciliación

GUIADOS POR MATEO 18

Introducción

Ya hemos profundizado en los temas del arrepentimiento y el perdón. Me gustaría concluir esta serie con una mirada a la reconciliación. Reconciliarse proviene de aplicar la gracia de Dios para reparar nuestras relaciones unos con otros. No somos capaces de tener relaciones perfectas, pero cuando nos reconciliamos, podemos mejorarlas. Aunque parece un proceso muy personal, reconciliarse con quien ha causado una ofensa puede tomar tiempo y convertirse en una serie de acciones que se desarrollan dentro de una comunidad, como vemos en Mateo 18:15-20.

Sin embargo, cuando se toma en su conjunto, Mateo 18 presenta una visión profundamente compleja de la reconciliación y de lo que significa vivir juntos como una comunidad de creyentes. Es un capítulo que habla directamente a la vida de la iglesia, ofreciendo una guía práctica sobre cómo los discípulos de Jesucristo deben encarnar la reconciliación y el perdón. Estas enseñanzas, entrelazadas a través de una serie de



narraciones e instrucciones, revelan cómo la comunidad de los seguidores de Jesús debe reflejar el reino de Dios: un reino caracterizado no por la exclusión o «el tener razón», sino por la búsqueda, la restauración y la compasión. La reconciliación es parte de traer el reino de Dios al presente; no solo se trata de pedirle a Dios que actúe, sino también de comprometerse a actuar uno mismo. Al leer y descubrir los versículos de Mateo 18, llegaremos a comprender nuestro llamado a la humildad, la responsabilidad personal, el cuidado de los vulnerables y un compromiso inquebrantable con la reconciliación. Estas verdades entrelazadas forman un ecosistema espiritual de gracia, donde cada parte se construye sobre la anterior, moldeando la comunidad en una donde el amor no oculta el pecado, sino que lo enfrenta con verdad, misericordia y búsqueda de la reconciliación. Esta no es solo una tarea actual, sino también futura. En el reino de la paz, serviremos acercando a las personas a Dios y sanando las relaciones quebrantadas.

Hacerse pequeño para ver con claridad (VERSÍCULOS 1-5)

El capítulo 18 comienza con los discípulos haciendo una pregunta familiar para cualquier comunidad humana: «¿Quién es el mayor?». Jesús responde con algo inesperado: un niño. Él coloca al niño en el centro y dice: «Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos». En ese momento, Jesús cambia su manera de ver las cosas: la grandeza en Su reino no se encuentra en el poder, sino en la vulnerabilidad; no en tener la razón, sino en ser humilde. La primera regla del reino: tienes que ser pequeño a tus propios ojos para ser grande a los ojos de Dios.

Esta humildad es el punto de partida para cualquier comunidad que aspire a practicar la verdadera reconciliación. Si vamos a confrontarnos unos a otros con amor, perdonarnos de corazón y buscar a quienes se han desviado, debemos comenzar ocupando el lugar más bajo. Debemos hacernos lo suficientemente pequeños para ver a los demás con claridad y para vernos a nosotros mismos con honestidad.

Cuando somos humildes, nuestro propio pecado se ve «en su justa medida», y entonces nuestra reacción ante los pecados de los demás se modifica de una manera que es conforme a Dios, dándonos una perspectiva más clara. Para ofensas pequeñas, podemos considerar pasarlas por alto con magnanimidad.

Evitando la trampa de las piedras de tropiezo (VERSÍCULOS 6-9)

Desde el llamado a la humildad, Jesús pasa a una advertencia seria: «¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!». Él reconoce que el conflicto es inevitable en cualquier comunidad. Pero existe una gran responsabilidad en cómo vivimos unos con otros. Nuestras palabras, nuestras decisiones, nuestra indiferencia: todo esto puede convertirse en un tropiezo para otros en su camino de fe.

La inevitabilidad del conflicto no debería sorprendernos, sino ser algo que podemos anticipar. En lugar de invitarnos a evitar toda tensión, Jesús nos llama a vivir con conciencia de nuestro impacto y a ser hacedores de paz. Somos, de una manera muy real, responsables unos de otros: como ciudadanos de Su reino, como miembros de la comunidad de fe y como parte del cuerpo de Cristo.

No existe la ciudadanía neutral. Y si queremos construir una comunidad de reconciliación, no solo debemos estar dispuestos a perdonar, sino también a arrepentirnos de las maneras en que quizá hemos hecho tropezar a otros. En la mayoría de los casos de conflicto, debemos reconocer que también somos partícipes. No caigamos en una mentalidad de victimismo que se centre únicamente en culpar a los demás mientras pasamos por alto nuestro propio papel. En cambio, superemos esta piedra de tropiezo con humildad y esperanza,

«Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos».

eligiendo revestirnos de Cristo y permitiendo que Su gracia moldee nuestra vida y nuestras respuestas.

Cultivando un corazón de pastor (VERSÍCULOS 10-14)

Después de advertir sobre el peligro de causar daño, Jesús pinta un cuadro de compasión divina: el pastor que deja a las noventa y nueve ovejas para buscar a la que se ha perdido. Esta parábola no está colocada por accidente; revela el corazón del Padre y prepara al oyente para el proceso de reconciliación que sigue. El versículo 14 revela además que Dios no se conforma con números o porcentajes aceptables; Él no quiere perder a nadie.

En una comunidad moldeada por el corazón de Dios, nadie es desechable. A quien se extravía no se le da por perdido, sino que se le va a buscar. No se le avergüenza, sino que se le procura. Debemos aprender a amar como Dios ama. Este amor incansable no es sentimental: es costoso, incómodo y, sin embargo, absolutamente necesario si la iglesia ha de parecerse al reino de los cielos. Además, cultivar el amor de Dios en nosotros es clave para nuestro propio desarrollo como nueva criatura en Cristo.



La reconciliación como estilo de vida (VERSÍCULOS 15-20)

Es en este contexto de humildad, precaución y compasión que Jesús describe un proceso para abordar el pecado dentro de la comunidad. Estos versículos a menudo se leen como reglas para la disciplina de la iglesia, pero, en realidad, son una hoja de ruta hacia la sanidad y la reconciliación. Además, la oración desempeña un papel importante para ayudarnos a superar los obstáculos que nos impiden reconciliarnos.

Jesús comienza: «*Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta*» (NVI). Esto no se trata de confrontar por confrontar, sino un paso sagrado hacia la restauración, un acto arraigado en la ley levítica (Levítico 19:17) y reflejado en la enseñanza de la iglesia primitiva: «*No se reprendan unos a otros con ira, sino en paz...*» (Didajé 15.3). Justo en este primer paso, Jesús revierte nuestro instinto humano. Piensa en la última vez que alguien te ofendió: ¿Quién debería iniciar el proceso de reconciliación? ¿Quién debería pedir perdón? ¿No solemos esperar a que quien nos ha ofendido inicie la conversación? Quizás pensemos: «No fue mi culpa; ellos deberían acercarse a mí». Pero Jesús nos enseña: «*Si tu hermano peca contra ti, ve [tú] a solas con él y hazle ver su falta*». En la instrucción de Jesús, el ofendido va tras el ofensor, no para ganar la discusión, sino para recuperarlo. ¡Bienaventurados los que dan el primer paso, porque ellos son pacificadores! Porque no se trata de tener la razón; se trata de una relación restaurada, de una comunidad que vuelve a estar completa, del perdido, buscado y recibido de nuevo. Por eso, el imperativo recae sobre quien ha sido ofendido.

Esto requiere humildad, lo que nos lleva de nuevo al comienzo del capítulo: nos humillamos, como un niño, y quizás también echamos un vistazo honesto a nuestra propia participación en el conflicto, mientras buscamos a quien nos ha hecho daño. Esto significa que no se trata de mí, y debo dejar de defenderme y enfocarme en lo que Cristo puede hacer a través de mí. Por lo tanto, la reconciliación requiere sacrificio; es sudor, esfuerzo y lágrimas. En esto seguimos el ejemplo del Gran Reconciliador, Jesucristo, quien sacrificó todo para reconciliarnos con Dios.

Si no se logra la reconciliación, Jesús insta a incluir a uno o dos más: miembros confiables de la comunidad, no como jueces, sino como testigos de la disposición del ofensor a reconciliarse. Su presencia crea un círculo de seguridad y responsabilidad, y su llamado es mantener la unidad con Dios y con la comunidad. Si aun así la persona se niega a ser restaurada, interviene la comunidad, no como un tribunal, sino como un llamado a la bienvenida y a la integridad.

«Trátalo como si fuera un incrédulo o un cobrador de impuestos» ((Mateo 18:17 NVI). Estas palabras podrían sonar a rechazo, pero en el propio ministerio de Jesús, esas personas eran precisamente a quienes Él perseguía con compasión. El ofensor solo se considera un extraño porque *se ha excluido a sí mismo* de la comunidad. Sin embargo, los que están fuera tienen la capacidad de arrepentirse y regresar. Estas palabras no son un llamado a condenar al ostracismo; esta nunca debería ser nuestra respuesta. Más bien, son una responsabilidad de seguir acercándonos a ellos, ya que han salido del círculo de creyentes y de la paz del reino de Dios.

Es en este momento tan importante que Jesús ofrece un recordatorio: *«Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»* (Mateo 18:20). Lejos de ser la frase motivadora que solemos imaginar de este versículo, esta es una afirmación seria: Dios está presente en estas conversaciones difíciles, llenas de gracia y guiadas por el Espíritu. La iglesia, a través del ministerio de apóstol, tiene autoridad en estos momentos (para «atar... y desatar», *para decidir*), pero se trata de una autoridad delegada, con el propósito de reflejar la compasión y el perdón del Padre.

Jesús nos recuerda: «Al abordar un conflicto, recuerda que Dios está contigo. Él espera que tus acciones estén modeladas según las Suyas, el Pastor que busca y el Rey misericordioso». Esto también se aplica a los miembros de la congregación que son testigos del conflicto. No nos corresponde tomar partido ni emitir juicio, sino modelar nuestro comportamiento según el amor reconciliador de Dios.

Perdona como has sido perdonado (VERSÍCULOS 21-35)

Pedro, quizás sintiendo el peso de este proceso, pregunta: «¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano que peca contra mí?». Jesús responde con la parábola del siervo despiadado, aquel a quien se le muestra misericordia pero se niega a extenderla.

Aquí, todo el capítulo se cierra en círculo. Comenzamos con humildad, luego pasamos por la precaución, la búsqueda, la reconciliación y finalmente llegamos al perdón: el latido de esta nueva comunidad de fe. La parábola enfatiza el punto: si nosotros, que hemos sido tan perdonados, no podemos

perdonar a otros, entonces hemos fallado en encarnar la gracia que hemos recibido. La clave está en nuestra comprensión de lo que Jesucristo ha hecho personalmente por cada uno de nosotros.

Reconocer Su sacrificio nos permite realizar el difícil trabajo del perdón y la reparación, guiándonos en el camino hacia el reino. Reconocer el amor desinteresado, sacrificial y sanador de Dios es, o bien una fuerza que impulsa tu vida, o no lo es. Esto se hace evidente cuando somos capaces de controlar nuestro enojo y mantener un corazón tierno hacia los demás.

El perdón no es un acto único, sino una forma de ser, una manera de vivir. Perdonamos porque hemos sido perdonados por medio de Jesucristo. Nos reconciamos porque hemos sido reconciliados con Dios. Y al hacerlo, no solo mantenemos intacta a la comunidad, sino que también nos convertimos en una expresión viva del reino de los cielos.

Esto significa que vivimos de manera contraria al mundo que nos rodea. Basta con mirar las Bienaventuranzas en Mateo 5 para ver que el reino de Dios funciona en sentido contrario a los valores de nuestra sociedad actual: sé pobre en espíritu, llora por tu pecado, humíllate, sé misericordioso y puro, y, finalmente, sé pacificador.

Una iglesia que busca, sana y acoge

Mateo 18 no es simplemente un manual para resolver conflictos. Es una visión para la iglesia: un cuerpo marcado por una humildad radical, una compasión intensa y un perdón paciente y persistente. Los pasos que Jesús ofrece no son una lista de verificación para deshacernos de lo difícil, sino una invitación a seguir buscándonos unos a otros, tal como el Padre nos busca a cada uno de nosotros. Debemos adoptar Su sistema de valores, uno que busca a cada alma con una intención eterna.



En un mundo que rápidamente cancela, divide y sigue adelante, la iglesia está llamada a modelar algo diferente. Estamos llamados a ir en busca del prójimo. A iniciar conversaciones difíciles con humildad. A crear espacio para la confesión y el cambio. A perdonar setenta veces siete.

Ser una comunidad de reconciliación es reflejar el corazón de Dios: un Pastor que busca, un Rey que perdona, un Salvador que siempre está con nosotros, especialmente cuando la labor de reconciliación se siente más desafiante.

El apóstol Pablo habla de esta labor en su primera carta a los corintios. Él ha oído que los miembros de la congregación en Corinto no buscan reconciliarse dentro de la comunidad, sino que se llevan unos a otros ante los tribunales (1 Corintios 6:1-6). Como discípulos de Cristo, preparándonos para Su retorno, anhelamos servir y reinar con Él en Su reino de paz, donde compartiremos el evangelio como reyes y sacerdotes, sirviendo en la perfecta voluntad de Dios.

Pablo alude a esta obligación escatológica: *«Si ustedes han de juzgar al mundo, ¿cómo no van a ser capaces de juzgar casos insignificantes?... ¡los asuntos de esta vida!»* (1 Corintios 6:2-3). ¿Cómo podemos actuar en el reino de paz con la autoridad de reyes y sacerdotes, y sin embargo no ser lo suficientemente sabios para resolver nuestras disputas entre nosotros ahora?

La reconciliación es el proceso mediante el cual Dios traerá la nueva creación. Cristo murió para reconciliar no solo a la humanidad con Dios, sino también a toda

la creación con su Creador (Romanos 8:18-22). Una relación rota tiene el potencial de volverse más fuerte y hermosa a través del proceso de reconciliación.

Cuando trabajamos hacia la reconciliación, nos alineamos con la voluntad de Dios y, de este modo, nos preparamos para el retorno de Cristo y el establecimiento del reino de paz. Allí continuaremos compartiendo el evangelio y avanzando el reino de Dios en los corazones de la humanidad, sanando sus corazones y reconciliándolos con Dios y unos con otros. Para este propósito, Dios nos está formando para ser pacificadores y reconciliadores mediante el don del Espíritu Santo.

Al adoptar los pasos descritos en Mateo 18, no como leyes rígidas, sino como prácticas llenas de gracia, nos convertimos en una imagen viva del reino venidero de Dios: un lugar donde nadie es olvidado, donde se hace todo esfuerzo por restaurar, y donde el perdón y la reconciliación son la base de nuestra vida en común. Así, el poder sanador y redentor de Cristo se refleja verdaderamente en la congregación.



APÓSTOL MAYOR SCHNEIDER

EN FLORIDA NOVIEMBRE DE 2025

El fin de semana del 14 al 16 de noviembre de 2025, el Apóstol Mayor Schneider visitó Fort Lauderdale, Florida. Además de los Apóstoles de Estados Unidos, Perú y Panamá, también se invitó a ministros líderes de varios países del Caribe para participar en algunas de las actividades del fin de semana. El sábado por la tarde, el Apóstol Mayor ofició un Servicio Divino para ministros y sus cónyuges en nuestra congregación de Cooper City. Un total de 262 personas se reunieron para escuchar el mensaje basado en Mateo 7:20. El Apóstol Mayor Schneider profundizó en lo que significar «buenos frutos» como resultado de la fe genuina, enfatizando que dichos frutos se manifiestan no solo en las obras externas, sino también en la transformación interior del creyente, moldeada por el amor, la humildad y la disposición a seguir a Cristo en la vida cotidiana.





Él animó a los ministros y a sus cónyuges a cultivar este fruto de manera intencional, para que su servir y sus relaciones reflejen la naturaleza de Cristo.

El fin de semana culminó con el Servicio del domingo, basado en 1 Juan 3:3. El Apóstol Mayor habló sobre la esperanza en el retorno de Cristo como una fuerza purificadora en la vida del creyente, instando a la congregación a mantenerse firme, sincera y consciente de la gracia disponible para ellos mientras se esfuerzan por llegar a ser más como Cristo. Además de las 905 personas reunidas en persona, el Servicio, traducido al español desde el altar, se transmitió a las congregaciones en EE. UU., Centroamérica y Sudamérica.



ESCANEA EL
CÓDIGO QR PARA
LEER EL SERMÓN Y
CONSULTAR LA GUÍA
DE CONVERSACIÓN.

FOTOS: APÓSTOL MAYOR SALUDANDO EL VIERNES; SERVICIO DIVINO DEL DOMINGO, LA CONGREGACIÓN; MINISTROS; CORO Y ORQUESTA.

